

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. En el mes de Junio. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

ISABEL y GUADALUPE jugando al «bezigue».
NICASIO durmiendo en el sofá.

ISABEL.—(*Después de jugar un rato.*)—¡Nicasio... Nicasio! No duermas!

NICASIO.—¿Te digo yo a ti que no juegues? ¿Pues por qué has de decirme tú que no duerma?

ISABEL.—Luego te levantas de mal humor.

NICASIO.—¡Otra exigencia! En casa no ha de haber más mal humor que el vuestro...

GUADALUPE.—Ven en mi auxilio, que me ganan.

NICASIO.—No sé jugar.

GUADALUPE.—Aún ayer echaste una partida con León..

NICASIO.—De ayer a hoy se me olvidó. ¿Qué le voy a hacer?

(Pausa. Juegan.)

ISABEL.—Nicasio...

NICASIO.—(Incomodado.)—¡No duermo!

ISABEL.—Entérate si ha vuelto Ramona.

NICASIO.—El coco número dos ha ido con la cartita de Lola: tardará.

ISABEL.—¡Llama a las criadas por su nombre!

NICASIO.—¡Cocos!, está dicho. Podéis recrearos en vuestra hazaña... Desde el día siguiente al de la petición de boda, ¡dos meses ya!... no recuerdo época en que hayamos estado peor servidos. Despedisteis a Paca, la inocente y gentil doncella de labor, de muchísima labor, por su gran disposición...

ISABEL.—Demasiada.

NICASIO.—Y ahora es una tristeza pedir un vaso de agua. Tengo que beberla como las medicinas: cerrando los ojos.

GUADALUPE.—Lo importante es que sean buenas chicas.

NICASIO.—Todo es compatible.

ISABEL.—Contigo, no

NICASIO.—¡Basta! Aún he de agradeceros que hayáis tomado ese coco más: ¡ya era una irrisión que llevara yo todos los días las cartas del novio!

GUADALUPE.—Lola cree que le haces ese favor muy a gusto. Molestándote, no volveré a consentirlo.

NICASIO.—Harás muy bien.

ISABEL.—Si te dieran en dinero lo que grues...

NICASIO.—Lo gastaría en algodón para los oídos.

GUADALUPE.—(Cariñosa.)—Ven, Nicasio...

NICASIO.—¿Para qué?

GUADALUPE.—Anda, ven...

NICASIO.—Voy, voy... ¿Qué es triunfo?

GUADALUPE.—*Carreau*. — (Señalando una carta.)—¿Esta?

NICASIO.—Juegas como un trompo.

GUADALUPE.—Déjate de galanterías. ¿Esta?

NICASIO.—Ésta, mujer, ésta.

ISABEL.—Hazme el obsequio de no embarullar...

ESCENA II

DICHOS y LOLA, por la izquierda.

LOLA.—(*Leyéndole una carta a Guadalupe.*)
«Madrid, once de Junio, mil novecientos seis. Querida tía: Por si quieres venir, te comunico que en el mes de Octubre me casaré con Emilio Gracián; un muchacho a quien tú no conoces, pero que me quiere mucho.»

NICASIO.—Está muy bien razonado eso.

LOLA.—«No te digo fecha, porque no la fijamos aún. Mamá y la abuela te convidan también a venir, si quieres venir.»

NICASIO.—Si no quiere que no venga.

LOLA.—«No te digo lo contentísima que estoy, porque te lo figurarás... He recibido ya algunos regalos...»

NICASIO.—¡Mentira! ¿Dónde están?

ISABEL.—Le he dicho yo que lo pusiera, con objeto de animar a la tía.

NICASIO.—¿Una indirecta para que regale? Va perfectamente la carta.

LOLA.—«Y cuando vengas te los enseñaré. Yo tengo muchas ganas de que llegue pronto el mes de Octubre, para ser muy feliz.»

NICASIO.—Este parrafito lo salva tu inocencia...

LOLA.—¿Por qué?

ISABEL.—¡Cállate!

GUADALUPE.—¿Nicasio?

LOLA.—«No escribo más, porque ahora estoy muy ocupada...» He puesto ahora sin hache...

NICASIO.—Según la confianza que tengas.

GUADALUPE.—Lo que deba ser.

LOLA.—Es para la tía Agueda.

NICASIO.—Entonces no te apures. A juzgar por como ella las usa, la tía Agueda no le concede importancia a las haches.

LOLA.—Pero si está mejor... ¿Dónde la pongo?

NICASIO.—Al lado de la primera a.

LOLA.—¿Al lado?

NICASIO.—O por lo menos, cerca.

LOLA.—¿Aquí?

NICASIO.—Aquí.

LOLA.—«La abuela y mamá y yo esperamos que vendrás y te presentaremos a Emilio.»

NICASIO.—A quien tú no conoces, pero me quiere mucho.

LOLA.—«Un abrazo de todos: un recuerdo del tío Nicasio, y sabes es tu amante sobrina, Lola.»

GUADALUPE.—Puedes mandarla.

LOLA.—Calle de Guetaria...

(*Marchándose.*)

GUADALUPE.—Veintisiete, San Sebastián.

NICASIO.—Después de casados, una de las cosas que podría enseñarte Emilio es eso de las haches.

LOLA.—Para lo que sirven...

(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA III

DICHOS, menos LOLA

ISABEL.—Agueda es muy quisquillosa, y si no le participamos la boda se ofendería.

NICASIO.—La puntadita del regalo levantará roncha. Con lo tacaña que es...

GUADALUPE.—Ha sufrido mucho, llevó muchos desengaños... y se apartó del mundo. No vendrá.

ISABEL.—Hace una vida extravagante.

GUADALUPE.—Retirada. No se visita con nadie, y el afán de cariño y de sociabilidad que

todos sentimos lo ha concentrado en sus bichos.

NICASIO.—La casa es un pensionado de loros. ¡Qué asco!

ISABEL.—Son unos animales muy lindos.

GUADALUPE.—El plumaje de algunos es precioso...

NICASIO.—¡Chillón..., insoportable!

ISABEL.—¿A ti no te gustan las cotorras?

NICASIO.—No sé...; no las he probado nunca.

GUADALUPE.—Pero Nicasio...

ISABEL.—Contesta en serio alguna vez...

NICASIO.—¿Vosotras creéis que los loros de la tía, o la tía de los loros, merecen una gravedad estupenda? ¡Jamás! Cincuenta años tengo...

ISABEL.—Más.

NICASIO.—Bueno. Tengo más de cincuenta años, pero ni un minuto, ni un segundo he transigido con lo risible ni con lo feo.

GUADALUPE.—(*Burlona.*)—Eres muy artista...

ISABEL.—(*Burlona.*)—Muy soñador.

NICASIO.—Solamente la imperiosa ley de las circunstancias me forzó a tolerar el servicio doméstico actual..., pero con mi protesta. Lo feo me intranquiliza.

ISABEL.—Si te miraras al espejo...

NICASIO.—¡Ay..., si nos miráramos al espejo, querida hermanal...

ESCENA IV

DICHOS y PRESENTACIÓN, por la izquierda.

PRESENTACIÓN.—Buenas noches...

GUADALUPE.—Hola...

ISABEL.—(*Levantándose.*)—Presentación...

PRESENTACIÓN.—¿Y usted, don Nicasio?

NICASIO.—Trampeando. Usted como siempre, ¿eh?

PRESENTACIÓN.—En el como siempre no hay gran elogio.

NICASIO.—Se empeora... y es peor.

PRESENTACIÓN.—He venido dos veces con papá, que da un paseito aprovechando las buenas tardes.

NICASIO.—Parece que aprovecha un saludo...

ISABEL.—Ya lo supimos.

PRESENTACIÓN.—¿Y Lola?

ISABEL.—Bien.

PRESENTACIÓN.—De noche estaba segura de

encontraros y vine un momento con la muchacha.

NICASIO.—¿Qué tal es?

ISABEL.—¡Nicasio!...

NICASIO.—Formalita, prudente...

PRESENTACIÓN.—No iba a acompañarme de una persona alocada, ni puedo ir sola.

NICASIO.—¡De ningún modo! Con lo malo que dicen que es Madrid para las mujeres solas...

PRESENTACIÓN.—No necesito defenderme: es por el buen parecer nada más.

NICASIO.—¿El novio ya se acercará?...

PRESENTACIÓN.—No tengo novio.

GUADALUPE.—¿Iréis en seguida para Gijón?

PRESENTACIÓN.—A mediados de Julio. A mí me prueba aquel clima: voy con regocijo y vuelvo casi a remolque...

NICASIO.—¿Tiene usted novio allí?

PRESENTACIÓN.—Ya le dije a usted que no tengo novio.

NICASIO.—En Madrid, pero de Asturias no habíamos hablado.

PRESENTACIÓN.—En ninguna parte.

NICASIO.—¿Han reñido ustedes?

GUADALUPE.—Si quisiera decírtelo, ya tuvo ocasión.

NICASIO.—Siendo un secreto, resulta más despreciativo que no me lo diga: es suponer que soy un charlatán y lo cuento a escape.

PRESENTACIÓN.—Ni tuve, ni tengo, ni tendré. Ya sabe usted de mis amores todo, como yo.

NICASIO.—Entonces, sé más que usted... Un pajarito...

ISABEL.—Mételo en la jaula.

GUADALUPE.—No la mortifiques.

PRESENTACIÓN.—Si le complace, déjenlo ustedes...

ISABEL.—¿Pasaréis en el campo hasta fin de Septiembre?

PRESENTACIÓN.—A una media legua de Gijón, y salvo los domingos, que vamos a la ciudad, transcurren las semanas sin ver una cara conocida...

GUADALUPE.—Nosotros estaremos fuera muy poco; el equipo de Lola nos hará volver inmediatamente.

PRESENTACIÓN.—¿La boda sigue para Octubre?

ISABEL.—Sí.

NICASIO.—Presentación, ¿usted por qué no se casa?

GUADALUPE.—¿Esa es pregunta..., Nicasio?

NICASIO.—Que es pregunta no cabe duda.

ISABEL.—¿Discreta?

NICASIO.—Ahí ya se admiten opiniones.

PRESENTACIÓN.—Don Nicasio es muy bromista; los demás tenemos obligación de reírnos cuando él habla.

NICASIO.—De dientes afuera.

PRESENTACIÓN.—Para algunas bromas ya es bastante risa... Cuesta mucho trabajo explicarse que la soledad y el aislamiento son involuntarios o nacen de una voluntad dolorida..., y tanta molestia no se la toma don Nicasio.

GUADALUPE.—No pienses que es por zaherirte.

PRESENTACIÓN.—Ya lo sé: es por no pensar...; si a él se le ocurriera que podía desazonarme y revolver inquietudes, ¿para qué iba a insistir sin odio contra mí y sin ventaja para él? ¡No!... Don Nicasio es como muchos: dice... y piensa después lo que ha dicho.

NICASIO.—¿Y si lo pensara antes?

PRESENTACIÓN.—Quedaría usted mejor como hombre inteligente...; pero usted mismo se rebaja en bondad y en corazón. ¿Qué daño le hice yo para que usted me mortifique a sabiendas?...

ISABEL.—Ya has conseguido hacerla llorar...

NICASIO.—(*Apurado.*)—¡Eso, no, Presentación! ¡Ponga usted que no dije nada!... ¡Que soy un bárbaro!

ISABEL.—Conformes.

GUADALUPE.—(*Abrazándola.*)—No seas boba.

NICASIO.—Todas las chirigotas que se quieran y unas pocas más; pero de mala entraña que no me acusen. Dispénsame usted, Presentación..., pégume usted, Presentación..., o abráceme usted, Presentación. Elijan.

ISABEL.—Apártate.

NICASIO.—¿También me vas a separar como de la Paca? El caso es muy diferente... ¡Abráceme usted, Presentación!

PRESENTACIÓN.—No tiene usted culpa ninguna. Llevo una temporada muy nerviosa, muy tonta... Creo que todos pretenden hacer chacota de mí..., y la verdad es que de mí nadie se ocupa... ¿Para qué se iban a ocupar?...

NICASIO.—¿Quedamos en que usted me dispensará?

PRESENTACIÓN.—Sí..., sí...

NICASIO.—¿Quedamos en que soy un bárbaro?

ISABEL.—Sí, sí...

PRESENTACIÓN.—No.

NICASIO.—Buenas noches, Presentación.

(*Vase Nicasio por la derecha.*)

ESCENA V

DICHOS, menos NICASIO

GUADALUPE.—Nicasio va rabioso consigo mismo.

ISABEL.—Y no te dijo nada con malicia.

PRESENTACIÓN.—Soy yo la desagradable..., lo comprendo.

ISABEL.—¿Por qué no habías de casarte, con tanta cualidad buena como tienes?

PRESENTACIÓN.—¿Y quién las ve?... Este mes de Mayo que tuve fiebres..., ¿de veras creisteis que fueron fiebres?...

GUADALUPE.—Los médicos lo aseguraron.

PRESENTACIÓN.—¿Qué saben ellos por qué vienen ni por qué van?... Mis padres convinieron con los de Guillermo Tapia nuestro matrimonio... Mediaron cartas, retratos, explicaciones... Guillermo llegó a Madrid para convenirme... Me vió..., en Mayo me vió..., ¡no ha vuelto a verme!... No le quería aún..., no po-

día quererle aún... ¡Los médicos dijeron que fiebres!...

GUADALUPE.—Se arrepienten muchos...

PRESENTACIÓN.—Si, muchos...; pero la herida es tan reciente que sangra todavía...

ISABEL.—La mancha de una mora, con otra mora se quita...

PRESENTACIÓN.—Sí... ¿Y Lola?

GUADALUPE.—Y mientras te vivan tus padres no debes apurarte...

PRESENTACIÓN.—No... ¿Y Lola?

ISABEL.—(Llamando.)—¡Lola!...

PRESENTACIÓN.—¿Estará muy engreída, muy satisfecha?

GUADALUPE.—Y si no le conocías vaya con Dios...

PRESENTACIÓN.—(Haciendo señas de que no quiere seguir la conversación.)—Deja, deja...

ESCENA VI

DICHAS; LOLA, por la izquierda.

LOLA.—Presenta...

PRESENTACIÓN.—No quería marchar sin despedirme...

LOLA.—Quédate un rato.

PRESENTACIÓN.—Me aguardan los viejos... Adiós, Guadalupe... Adiós, Isabel...

ISABEL.—(Abrazándola.)—Te queremos, Presentación...

LOLA.—Dile a los tíos que regresen en Septiembre, porque a mi boda no podéis faltar...

(Vase con Presentación por la izquierda.)

ESCENA VII "ALFONSO REYES"

GUADALUPE e ISABEL.

GUADALUPE.—No tiene usted edad para renunciar, ni abnegación para resignarse...

ISABEL.—Ya la tendrá.

GUADALUPE.—Pero con alma y fibras amorosas, esa fealdad que impide corresponderla es injusta...; ¡es injusto el zarpazo de esa Naturaleza que llaman sabia, los que no sufren por ella!

ISABEL.—Mientras andamos por el mundo, ¿qué sabemos dónde está la justicia?

GUADALUPE.—Pero sabemos dónde no está.

ISABEL.—Calla, calla; no te quejes tú.

ESCENA VIII

DICHAS; NICASIO, por la derecha, con sombrero y bastón.

GUADALUPE.—No me hables...

(Vase por la derecha.)

ISABEL.—No nos hables...

(Vase por la derecha.)

NICASIO.—No las hablo.

ESCENA IX

NICASIO queda indeciso; al fin se pone el sombrero y arranca dirigiéndose a la izquierda. Se detiene porque entran LOLA y EMILIO por dicho sitio.

LOLA.—¿Quieres venir con nosotros al teatro de Apolo?

EMILIO.—Papá tomó un palco para tercera y cuarta, y vengo a invitarles. Él vendrá luego en un coche, a buscar a las señoras.

NICASIO.—Os acompaño.

(Deja el sombrero y se sienta.)

LOLA.—Ahora se lo diremos a mamá...

EMILIO.—Don Nicasio...

NICASIO.—Llámame tío Nicasio...; por uno más o menos que me llame tío...

EMILIO.—Usted será testigo de nuestra boda, ¿eh?

NICASIO.—En la iglesia, bueno.

ESCENA X

DICHOS y LEÓN, por la izquierda.

FULGENCIO.—Felices...

LOLA.—Buenas, señor León.

NICASIO.—Te convidó al teatro. Si le permitis...

FULGENCIO.—Pues convidado.

NICASIO.—En cuanto venga Guadalupe o Isabel, nos largamos.

EMILIO.—Por nosotros...

NICASIO.—Si, por vosotros...

LOLA.—Aún falta mucho hasta la tercera.

FULGENCIO.—Dos.

NICASIO.—En la oficina es el que lleva las cuentas. Lo que sea de contabilidad no marra con él.

FULGENCIO.—¿Y esos preparativos?

EMILIO.—Despacio.

LOLA.—¡Muy despacio!

NICASIO.—Cásate, Emilio, cástate. Si no, tendrás que aguantar muchas chinchorrerías de las mujeres. ¿Será penosa la vida de un solterón, que estoy medio... medio?...

LOLA.—¿Medio deshecho?

NICASIO.—Eso, del todo. Medio decidido a contraer legítimas nupcias.

LOLA.—Tú estás para sopitas y buen vino.

FULGENCIO.—No se fien ustedes de las apariencias. Yo me casé con una mujer delgaducha...

NICASIO.—Flaca. Ya te dije, cuando novios, que me parecía mal.

FULGENCIO.—Enfermiza...; ¡tan débil y enferma que prometía durar muy poco!

EMILIO.—¿Y qué?

FULGENCIO.—¡Que no ha cumplido su promesa! Vive y engorda.

LOLA.—Gracias a Dios.

FULGENCIO.—Ya estoy agradecido, ya...

EMILIO.—De jóvenes hay mucho margen para que cambie la constitución de una persona: pero a la edad de ustedes...

LOLA.—(Riendo.)—Y pensar en casarse...

EMILIO.—(Riendo.)—En ser novios como nosotros...

NICASIO.—¿Cuál será la edad nuestra, León?

FULGENCIO.—Desconfío de volverla a saber.

EMILIO.—Hablando con formalidad: al tío Nicasio no se le pudo ocurrir semejante botarata, que no es de su carácter.

LOLA.—¡Qué se le había de ocurrir!

NICASIO.—Pero estos niños, ¿qué idea tienen de la civilización? ¿No os entra en la cabeza que es un insulto lo que estáis diciendo?

LOLA.—(Sorprendida.)—¿Insulto de qué, tío Nicasio?

NICASIO.—Oye tú, oficinista; ¿hay alguna real orden que a los treinta años, a los cuarenta...?

FULGENCIO.—Para derechos pasivos, a los veinte; y el máximo de jubilación a los...

NICASIO.—No es eso. ¿Una disposición gubernativa que señale el plazo en que se puede sentir, y querer y amar?

FULGENCIO.—Coleccionada no está.

NICASIO.—Para querer de pasión...

LOLA.—Para amar de amor, sí hay un plazo: la juventud.

NICASIO.—¿Y en nombre de qué santidad priváis de que amen de amor los que no sean como vosotros? ¿En nombre de qué privilegio impediréis que sientan, que sufran, que gocen... los que tengan el pelo blanco o el cuerpo encorvado? ¿En nombre de qué egoísmo quitaréis ilusiones o amores a los que no sean como vosotros, unos chiquillos, unos escrúpulos impalpables de persona...

FULGENCIO.—Que descarrilas...

NICASIO.—¡Unos muñecos, unos monigotes!

LOLA.—(Riendo.)—¡El tío Nicasio, incomodado!

EMILIO.—(Riendo.)—Don Nicasio, no se enfade usted.

FULGENCIO.—¡Nicasio, Nicasio!

NICASIO.—Déjame, te lo suplico. Este discurso va muy bien.

LOLA.—Si te oyese la elegida de tu corazón, la conquistabas.

NICASIO.—La conquistaré.

FULGENCIO.—No te corras en afirmaciones muy categóricas.

EMILIO.—(Muy serio.)—Tiene razón don Nicasio.

NICASIO.—¡Ya lo creo!

(Lola mira a Emilio muy serio, y los dos se ríen.)

FULGENCIO.—No te creen...

NICASIO.—Y vosotros, que debían mandaros a la escuela otra vez, ¿por qué os adjudicáis el monopolio de las caricias, de las... de los...?

FULGENCIO.—Prefieren que no encuentres la palabra. Mira que es un terreno muy escabroso éste, querido Nicasio...

NICASIO.—¡Que aprendan! No tienen edad más que para eso. ¿Y quién os ha dicho, ¡mequetrefes!..., quién os ha dicho que vosotros encontraréis la frase más dulce y la emoción más profunda al hablar de amor? ¿Quién os ha dicho que son menos valiosas y menos paladeadas las horas que el amor esparce, aunque el pensamiento las reuna, que esas horas atropelladas de fogosidades irreflexivas?... ¿Quién os lo ha dicho? ¡Mequetrefes!... ¡Que se atracan de pan, y creen que han comido!

LOLA.—¡Que te vas a sofocar, tío!

NICASIO.—¡Que me sofoque!

LOLA.—Y luego pasas la noche tosiendo.

NICASIO.—¡Que tosa! Tú, que puedes apreciarlo..., ¿qué edad es la hermosa? ¿A qué edad se saborea la vida?

FULGENCIO.—Las grandes pasiones acuden ahora. Yo no tuve nada que censurarme en mi juventud, y ahora...

NICASIO.—(*Aparte a León.*)—¿Tienes algún lío?...

FULGENCIO.—No. Pero cada vez que pienso en la espada sangrienta, en el cadáver a mis pies...

NICASIO.—¿Qué pies?

FULGENCIO.—Los míos.

LOLA.—(*Asustada, yendo a él.*)—¿Qué dice usted, León?

EMILIO.—(*Asustado.*)—¿Qué dice usted?

FULGENCIO.—Aquella tragedia de mi vida...

NICASIO.—Pero, ¿cuándo fué eso?

FULGENCIO.—Cuando el desafío aquel.

LOLA.—¿Y llegó usted a matarle?

FULGENCIO.—(*Apesadumbrado.*)—Sí.

NICASIO.—Recuérdalo. No lo mataste.

FULGENCIO.—Es verdad: al fin no murió...

EMILIO.—(*Cogiendo a Nicasio.*)—¿Qué fué?

NICASIO.—Un desafío que estuvo a punto de tener, pero que se arregló sin ir al terreno.

EMILIO.—(*Riendo.*)—¿Y se pone así?

NICASIO.—Lo ha referido millones de veces, y cada vez con mayores detalles; con detalles tan precisos, que se lo ha hecho creer a mucha gente, y uno de los que lo ha creído ya es el mismo León.

LOLA.—¿Cuándo es tu boda, tío Nicasio?

ESCENA XI

DICHOS; ISABEL y GUADALUPE, por la derecha.

ISABEL.—Buenas noches, Emilio.

EMILIO.—(*Saludándola.*)—Papá ha tomado un palco para Apolo.

LOLA.—¿Iremos, eh, abuelita?

GUADALUPE.—Llévala tú. Me duele la cabeza.

LOLA.—¿Tienes calentura?

GUADALUPE.—Nada; vete tranquila.

LOLA.—Pues vístete, abuela. Don Esteban vendrá en coche a buscarnos.

FULGENCIO.—Nosotros iremos dando un paseo.

EMILIO.—Y a la puerta del teatro aguardaremos a ustedes.

ISABEL.—Hasta luego.

(Vanse León, Emilio y Nicasio, por la izquierda.)

LOLA.—Yo estoy aviada en seguida.

ISABEL.—Ya, ya...

(Vase Lola, por la izquierda.)

ESCENA XII

GUADALUPE e ISABEL.

ISABEL.—¿Por qué no vienes?

GUADALUPE.—Me duele un poco la cabeza...

ISABEL.—¡Antes no te quejabas! ¿Es repentino ese dolor?

GUADALUPE.—Lo sabrás... Esto no puede durar... ¡Es una tirantez desagradable y violenta!

ISABEL.—¿De qué hablas?

GUADALUPE.—¿Puedes atenderme unos minutos, madre?

ISABEL.—Los que quieras.

GUADALUPE.—Oyeme. Lola se casa en Octubre. ¿Piensas tú que podrá reprocharme alguna falta de cariño o de cuidado?

ISABEL.—¡No desatines! Va educada, va sana y va con honra: entre Dios y tú habéis hecho cuanto se puede hacer. El esposo que lleva no es ningún gran tipo de hombre... ¿Recuerdas bien a tu padre? ¡Aquél sí que fué un real mozo! Alto, airoso, con unos ojos tan expresivos...

GUADALUPE.—*(Indulgente.)*—Sí, madre, sí.

ISABEL.—*(Entusiasmada.)*—¡Cuando se ponía el uniforme de la Guardia, había que verle a caballo!... ¡Ahora no hay hombres así!...

GUADALUPE.—No, madre, no.

ISABEL.—¡Pero comprendo que os conforméis con lo que hay!...

GUADALUPE.—¿Qué remedio?